

Dr. Jaime Vidal

Destino histórico de la Medicina y de los médicos

Como para algunos, el título de esta conferencia (1) puede ser un poco vago, fijemos ante todo su alcance y contenido.

El sentido que yo le quiero dar está relacionado, de una parte, con el papel que ha desempeñado la Medicina en el desarrollo cultural de la humanidad y, por otra parte, con la acción y situación de los médicos en las distintas épocas conocidas de la historia.

De golpe trasladémonos a los principios; a la época primitiva. Si aplicamos la fórmula de Comte, de los tres estados sucesivos porque ha pasado el espíritu humano (teológico, metafísico y positivo) vemos que en sus líneas esenciales puede aplicarse al desarrollo histórico de la Medicina. Así reconocemos en la evolución de la medicina tres fases; la religiosa, la filosófica y la científica. Entiéndase esto como un simple esquema de orientación, pues en esencia y profundidad nada más falso y artificial que los casilleros que pretenden encerrar las manifestaciones de la Vida.

Desde luego, en la Medicina, antes de la fase religiosa hay una fase primitiva prehistórica que evidentemente no tiene ese carácter. El fenómeno religioso mismo es un producto de la evolución humana en su desarrollo social. Los primeros hombres cuando caían enfermos o se hacían daño, se curaban a sí mismos con métodos simples y naturales, de los cuales algunos

(1) Conferencia dada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

eran instintivos, como por ejemplo, friccionarse en el sitio del dolor producido por un traumatismo. Es lógico suponer que en los primeros tiempos, no existían médicos en función diferenciada, sino que cada hombre era su propio médico o sea su auto-médico. Después, alguno de estos auto-médicos que por razones especiales descubría para sí mismo algún tratamiento que creía bueno y eficaz, lo ensayaba en otros enfermos parecidos y así, poco a poco, fué constituyéndose una casta de hombres preocupados de aliviar el dolor humano. No es aventurado suponer, me parece, que los primitivos médicos fueron hombres enfermos que habiendo ensayado en sí mismos algún procedimiento terapéutico con buen éxito, querían hacer partícipes a los demás de su descubrimiento. La Medicina ha nacido pues de un impulso altruísta. No es otro en la actualidad el origen de algunos charlatanes *de buena fe*, (porque también los hay de buena fe) que habiendo sanado de viejas dolencias por métodos más o menos originales y personales, se sienten poseídos del divino don de aliviar las miserias humanas. No confundamos este buen charlatan un poco loco y muy fanatizado, con el común de los charlatanes, que recurren a toda especie de artificios con el único fin de explotar el dolor y la enfermedad. Y éstos, desgraciadamente abundan.

La Medicina, cuyo fin es en esencia la prevención y curación de las enfermedades, fué en sus orígenes un arte de extracción popular, como lo atestiguan las frases y refranes populares, las leyendas y los mitos. Toda acción terapéutica se fundamenta en un concepto de la enfermedad, es decir, en una teoría de la enfermedad. No se puede tratar una enfermedad sin que previamente tengamos una idea de su comportamiento y significado. Podemos admitir con Hofschlaeger, que la primera teoría de la enfermedad es *la teoría de los cuerpos extraños*, porque evidentemente es lo que primero ha saltado a la vista del observador primitivo. La enfermedad era el producto o la consecuencia de cuerpos extraños introducidos al organismo, que obraban directamente sobre él, y de los cuales era necesario desembarazarse. La explicación y el sentido de estos hechos viene después, a medida que la inteligencia se desarrolla, y siente la necesidad de comprender. El ser humano elemental no analiza ni ahonda, no siente la necesidad de darse cuenta, ni el ansia de hacer luz en el misterio, porque su intelecto rudimentario no percibe bien todavía las

diferencias entre luz y sombra. Pero a medida que sus sentidos se afinan y sus sensaciones se diferencian, a medida que su inteligencia va lentamente madurando, siente la necesidad de ir explicándose, de comprender y desentrañar la intimidad de los fenómenos y la esencia de la vida.

Es claro que a este primer período pre-animista de la Medicina de simple constatación, sucede el período animista, en que en un intento primario de explicación, el hombre supone e interpreta las enfermedades por medio de acciones demoníacas, hechizos y embrujamientos. Y así aparecen en escena después del auto-médico el médico brujo y la Medicina místico-supersticiosa que no es sino el prólogo de la Medicina teúrgica y del médico-sacerdote.

La posición social del médico en esta época es destacada: son hombres inteligentes a los cuales se recurre por su mayor capacidad. Ya en la Odisea se habla de los representantes de la Medicina, que iban de domicilio en domicilio y de pueblo en pueblo prestando asistencia, por la que recibían remuneración.

La Medicina teúrgica o religiosa toma gran desarrollo. Hay dioses y diosas de la medicina. Hay templos dedicados a ellos, donde acuden los enfermos en busca de salud y hay sacerdotes dedicados al culto y a la curación de las enfermedades. En Grecia, el dios es Esculapio y en sus templos los médicos sacerdotes ejercen el arte de curar. Allí llegan los enfermos y ante el altar del Dios ofrendan sus más ricos presentes, reclamando la salud perdida. Una de las prácticas consistía en el *sueño del templo* en que el enfermo se quedaba dormido y soñaba u oía voces. El sacerdote se encargaba de descifrarle el sueño, y le indicaba las medidas terapéuticas a realizar. Por esto el sacerdote recibía magnífica remuneración. Nadie podrá saber nunca la dosis de superchería y de sinceridad que había en todas estas prácticas. La historia que a menudo anda en el resbaladizo campo de las conjeturas, no puede sin caer en lo puramente imaginativo, adentrarse en las intenciones humanas.

Pero el ejercicio de la Medicina no era un privilegio de los sacerdotes. Había hombres libres, independientes de la clase sacerdotal que se dedicaban al arte de curar y habitualmente se asociaban y enseñaban a sus discípulos. Tuvo gran fama y prestigio la Orden de los Asclepiades en Grecia, que era una asociación de médicos, que se creían descendientes de Esculapio, casi hereditaria, en que las enseñanzas del Arte se hacían

de padres a hijos y de maestros a discípulos: constituían en verdad una especie de familia médica.

El desarrollo de la profesión médica independiente de la influencia sacerdotal, fué un impulso constante y vigoroso para el progreso científico de la Medicina. Yo muchas veces había pensado en mi deseo de ver realizarse el espíritu médico en su mayor pureza, espíritu que debe estar hecho de nobleza, de generosidad y desinterés, de abnegación y sacrificio, que la práctica de la Medicina para no mancharse con las taras de los apetitos humanos debía ser ejercida por una especie de orden médica de carácter religioso. Desgraciadamente esto es pura utopía, y el estudio de la historia con la observación de lo presente me han traído a la realidad. El corazón del hombre, sin distinción de hábitos, sigue apegado a la materialidad. De los más nobles sentimientos el hombre hace un negocio. El sufrimiento, la miseria, el ansia y el amor de Dios, la vida y el derecho a vivirla, todo, Medicina y Religión, todo, todo es motivo de ganancia material. De manera pues que lo único que justificaba esta unión de la Medicina a la Religión, esta fusión ideal que realizaba el personaje ideal: sacerdote-médico o médico-sacerdote, la historia de todos los tiempos demostraba que era una vana ilusión. En cambio ello entraña un grave peligro de estancamiento. Todo lo que se cobija al amparo del dogma, se convierte en dogmático y ningún dogma más cerrado e intocable que el dogma religioso. La Medicina al amparo del dogma religioso viviría todavía su hora primitiva. ¡Líbrenos Dios de la tutela de sus administradores y capataces! Esto no quiere decir que la medicina y los médicos estén libres del dogma. El hombre tiende a encerrarse. Los espacios libres le infunden miedo y siente la necesidad de ir apoyándose en las muletas de las creencias de la época, sean éstas de hechura religiosa, moral o científica. Pero de todas maneras hay dogmas de dogmas y el hombre de ciencia dogmático no es lo mismo que el religioso dogmático; en el primero hay siempre una mayor esperanza de expansión, de porosidad y de acogimiento a la Verdad. Lo dicho se refiere al hombre medio, que allí donde está tiene una forma rígida inflexible, ... allí donde está vive de prestado, a la sombra del hábito, del tópico y del lugar común. El hombre superior en todos los campos, aún en el religioso, sabe desprenderse del traje hecho y piensa por su propia cuenta; justamente ésta es una de las características de su alteza espiritual.

En la antigüedad clásica, en la gran época del surgimiento griego, en esa época gloriosa que es y será un miraje lleno de luz y plenitud vital en el devenir de la historia humana, la Medicina de los médicos no sacerdotes tuvo un retoño de enorme progreso, impulsada por la influencia de los filósofos naturales. ¿Quiénes fueron éstos? Ahí tenemos a Tales de Mileto en el siglo VI antes de Jesucristo, quien enseña que el agua es el principio original del mundo. Ahí está Anaximandro, su coetáneo, que habla de la materia etérea, y Anaxímenes, del aire. Ahí vemos a Alcmaon de Crotona que localiza en el cerebro el origen del intelecto y del semen, y sostiene que la enfermedad depende de un trastorno de la crisis. Con las ideas de Empédocles de Sicilia, surge la concepción atómica del mundo. Y luego vemos aparecer el astro magno, cuya luz irradia sobre el mundo médico, reflejos inagotables, a través de los siglos, Hipócrates, el divino Hipócrates, el Mago de Cos, el Padre de la Medicina. Descendiente de Asclepiades, nació en Cos, el año 459 antes de Jesucristo, y murió en Larisa el 377. La obra de Hipócrates es sencillamente monumental y está toda ella en la llamada *Colección hipocrática*. La crítica histórica, armada de lente y escalpelo ha desbrozado y desgajado mucho de esta colección hipocrática, como no perteneciente a Hipócrates; pero de todas maneras la obra auténtica es enorme, y de un valor positivo. Con razón ciertos autores consideran que su nombre para los médicos tiene un contenido más grande que el de Homero.

La medicina hipocrática significa ya el advenimiento de la medicina científica. Estudia la anatomía por medio de disección de animales, ya que en el hombre las ideas del tiempo no lo permiten. En fisiopatología distingue, en relación con los cuatro elementos de Empédocles, fuego, agua, aire y tierra, cuatro humores como determinantes de la vida: la sangre: el moco, (flema pituita) la bilis negra (melancolía) y la bilis amarilla (cólera). La salud depende de la eucrasia, o sea de la debida mezcla y equilibrio de estos cuatro humores. La enfermedad no es sino una desviación, una pérdida del equilibrio humoral, denominado discrasia. Sostiene que todas las enfermedades tienen causas naturales, exceptuando la divina enfermedad de los escitas, *la esterilidad*. La discrasia, esto es, el tumulto de los humores, produce la llamada *materia morbosa*, que el organismo debe eliminar. ¿Cómo? Por efecto de la propia naturaleza que dispone de una fuerza curativa, llama-

da Phisis, la que bajo el influjo del *calor innato*, que reside en el corazón y del cual depende la vida, produce la cocción de la materia morbosa cruda y su esterilización patológica. Los productos así obtenidos por la cocción son reducidos, una parte a humores que sirven para reponer la sustancia viva destruída y otra parte a escorias no cocidas que son eliminadas. He aquí pues la evolución de la enfermedad en 3 períodos: 1.º crudeza (apepsia) 2.º cocción (pepsia) 3.º eliminación (crisis).

No es posible en esta conferencia ni siquiera una presentación cinematográfica del hipocratismo; bástenos con señalar la importancia de la medicina hipocrática que radica sobre todo en el valor metodológico y en el espíritu científico de su contenido, basado en la observación y en la experiencia.

La necesidad constantemente proclamada por el anciano de Cos, dice el historiador Diepgen, de profundizar filosóficamente en los problemas de todos los días, ha transformado en ciencia este empirismo.

Recordemos todavía algo más importante. Hipócrates no sólo es un hombre de ciencia. Es algo más: es un médico filósofo, que le dió al ejercicio del Arte una altísima moral, con un contenido de belleza espiritual y de superior dignidad humana. El médico debe ser un hombre de honor, en el más puro y bello sentido de la palabra. El amor al enfermo es el origen del amor verdadero del arte. El secreto profesional, en resguardo del enfermo, es un deber del médico. Vemos como Hipócrates es cristiano antes de Cristo, pero no en todo. Para él, por ejemplo, los casos incurables debían ser excluídos del tratamiento médico.

En cuanto a los intereses materiales del médico, Hipócrates sostenía que los honorarios debían estar de acuerdo con la posición económica de los clientes.

Tiene para mí una importancia tan grande la calidad moral del médico que no resisto a la tentación de recordar el juramento de Hipócrates. Dice así:

«Juro por Apolo el Médico, y Esculapio y por Hygeia y Panacea y por todos los dioses y diosas, poniéndolos de jueces, que este mi juramento será cumplido hasta donde tengo poder y discernimiento. A aquel quien me enseñó este arte, le estimaré lo mismo que a mis padres; él participará de mi mantenimiento y si lo desea participará de mis bienes. Consideraré su descendencia como mis hermanos, enseñándoles este arte sin cobrarles nada, si ellos desean aprenderlo. Instruiré por

precepto, por discurso y en todas las otras formas a mis hijos, a los hijos del que me enseñó a mí y a los discípulos unidos por juramento y estipulación, de acuerdo con la ley médica, y no a otras personas.

»Llevaré adelante ese régimen, el cual de acuerdo con mi poder y discernimiento será en beneficio de los enfermos y les apartará del perjuicio y el error. A nadie daré una droga mortal aún cuando me sea solicitada, ni daré consejo con este fin. De la misma manera, no daré a ninguna mujer supositorios destructores; mantendré mi vida y mi arte alejado de la culpa.

«No operaré a nadie por cálculos, dejando el camino a los que trabajan en esa práctica. A cualquier casa que éntre, iré por el beneficio de los enfermos, absteniéndome de todo error voluntario y corrupción, de lascivia con las mujeres u hombres libres y esclavos.

»Guardaré silencio sobre todo aquello que en mi profesión o fuera de ella, oiga o vea en la vida de los hombres que no deba ser público, manteniendo estas cosas de manera que no se pueda hablar de ellas.

»Ahora, si cumplo este juramento y no lo quebranto, que los frutos de la vida y el arte sean míos, que sea siempre honrado por todos los hombres y que lo contrario me ocurra si lo quebranto y soy perjuro.»

Si de Grecia, donde el ejercicio de la Medicina había alcanzado tan alto prestigio y dignidad, pasamos a Roma, veremos un cuadro distinto. La Medicina permanecía en un atraso científico y social deplorable. El noble arte apenas era un oficio servil de esclavos. La expresión *servus medicus* lo dice todo. Esta condición precaria, desmedrada e inconfortable del médico no sólo se ve en remotas edades, sino que la encontramos cerca de nosotros, en nuestro país, en la época colonial y en las primeras décadas de la vida nacional independiente. Oigase lo que dice Vicuña Mackenna en su libro «Los médicos de antaño», publicado en 1877.

«Por cuanto llevamos rastreado hasta aquí sobre la condición de la medicina y de los médicos, se habrá venido en cuenta de un hecho profundamente filosófico e importante, es a saber, que aquella carrera, convaleciente aun hoy mismo de su desprestigio, se hallaba en el último peldaño de la escala social, y a la verdad, apenas un punto más arriba que la condición doméstica: un indio se alquilaba por su salario en oro; a los médicos de hospital les pagaban en choclos y en co-

rontas... El proto médico ganaba el salario que hoy se paga a un cochero de librea y de berlina: 30 pesos.»

Cuenta además Vicuña Mackenna las diatribas y burlas enconadas de un famoso poeta de Lima contra los médicos y especialmente contra un doctor Yáñez, que se había atrevido a usar espada como los caballeros; y dice textualmente: «Revela esta sangrienta filípica el desprecio profundo que inspiraba al común de las gentes la profesión médica, cuando era más embuste que ciencia, más sinapismo que bálsamo.»

Pero poco a poco, el desarrollo imperialista de Roma, con su grandeza política trajo algún cambio. Los romanos comenzaron a preocuparse del bienestar de la ciudad y por ende del adelanto de la Higiene Pública. Puede decirse que la valorización médica comenzó con el interés e importancia de la medicina pública.

Así como la antigüedad griega destaca un médico que llena la historia, la antigüedad romana destaca otro grande entre los grandes, cuyo nombre es guía, santo y seña de la medicina en toda la Edad Media. Este médico es Galeno de Pérgamo, nacido el año 139 después de Jesucristo.

La obra de Galeno es inmensa y puede ser considerada una especie de síntesis de la medicina hipocrática y de la biología de Aristóteles. Pero no es la misma cosa. Si se hace el paralelo entre uno y otro, desde un punto de vista panorámico, se descubre que existen dos distintos estados de espíritu. Hipócrates encarna en cierto modo el espíritu de síntesis, Galeno el espíritu analítico. Hipócrates, ya lo hemos visto, creía en la *natura medicatrix*, y que los semejantes atraían a los semejantes, y producían la curación. Galeno no creía en la *natura medicatrix*, y aunque su concepto de la patología humoral se inspiraba en las ideas hipocráticas, combate la enfermedad por medio de los elementos contrarios, instituyendo la *terapéutica de los contrarios*, que es el punto esencial de divergencia con Hipócrates. Así por ejemplo, el calor, Galeno lo combate con el frío o elementos que bajen la temperatura.

El galenismo se desarrolla poderosamente y domina la escena médica hasta Paracelso, en el siglo XVI de nuestra era. Galeno fué el espíritu motor de la medicina de los árabes, de la escuela de Salerno y de Monte Casino y de todas las escuelas médicas que fueron fundándose en la Edad Media.

Cuando el imperio Romano en plena decadencia se parte en dos, y la ciencia y la cultura sufren el estancamiento pro-

pios de los períodos de depresión y crisis, la Medicina Greco-Romana, que había tenido un período magnífico de florecimiento encarnado en esas 2 grandes figuras simbólicas de Hipócrates y Galeno, sufre con el estancamiento, una especie de disgregación. El cultivo de la Medicina en la Edad Media, período que comienza en el año 400 y que podemos clausurar el año 1543, con la publicación del Tratado de Anatomía de Vesalio, que marca una época en el progreso científico de la medicina, se puede sintetizar en tres corrientes médicas; la Medicina Bizantina, la Medicina Árabe y la Medicina Occidental latina.

Digamos dos palabras, lo que interesa a nuestro punto de vista, sobre cada una de ellas. El gran mérito de Bizancio es que sus sabios tenían guardados los manuscritos de la ciencia griega en su período de florecimiento y después de la toma de Bizancio por los turcos en 1453 emigraron con su precioso bagaje a los pueblos occidentales, contribuyendo poderosamente al renacimiento de la cultura griega.

La Medicina Árabe en la Edad Media, alcanzó un desarrollo singular junto con la expansión y florecimiento de su cultura política, social, y religiosa.

El Islam, una de las grandes aventuras de la historia, comienza el año 622, con la huida de Mahoma de Meca a Medina. Tuvo un desarrollo prodigioso y rápido, alcanzando un poderío avasallador sobre los demás pueblos, hasta su declinación y aniquilamiento con la destrucción de Bagdad en 1258 y la conquista de Granada en 1492.

La grandeza política del Islam coincide con un período de auge de la medicina árabe. Recordemos solamente tres de sus más célebres representantes: Rhazes de Bagdad (850-923) una de las figuras más extraordinarias de su tiempo.

Avicena, el émulo de Galeno y Aristóteles, es considerado uno de los más altos valores de la Medicina Árabe. Su célebre *Canon* es una codificación definitiva de la Medicina Greco-latina; sin embargo, es muy discutible su originalidad, pues en verdad, al decir de la crítica histórica su libro es ciencia galénica en forma árabe.

Y Averroes, sin duda más brillante como filósofo que como médico.

El florecimiento de la cultura Árabe, de corta duración, tuvo poca influencia en el progreso de la Medicina, en cuanto al aporte de ideas y de métodos originales y fecundos, pero

tuvo un mérito efectivo en la conservación de la Medicina clásica y de la latina, debiéndose a ella la indiscutida autoridad que gozó Galeno en el medioevo.

En el grupo de la Medicina Árabe hay médicos judíos que alcanzan notoriedad y prestigio, siendo el más célebre e ilustre de ellos, Maimónides (1135-1204). Sabio, filósofo y médico, nació en Córdoba el año 1135. Viajó mucho por todos los centros de mayor cultura conocidos. Es característico de esta época, el continuo viajar de los sabios, lo que evidentemente le da a la cultura un sentido de universalidad que se perdió después con el desarrollo y afianzamiento del espíritu nacionalista, que desgraciadamente hoy padece el mundo en su forma más aguda y paroxística.

Maimónides es el Platón judío de la filosofía. Este grande hombre pasó períodos de pobreza en que el ejercicio de su profesión de médico no le alcanzaba para el sustento diario, y tenía que ganarse la vida vendiendo piedras preciosas o dando lecciones.

Ninguna palabra podrá ser trasunto más fiel de la grandeza de su alma que sus propias palabras. Oíd la plegaria de Maimónides:

«¡Oh, Dios! llena mi alma de amor por el arte y por todas las creaturas. No permitas que la sed de ganancias y la búsqueda de la gloria me influencien en el ejercicio de mi arte, pues los enemigos de la Verdad y del amor de los hombres, podrían fácilmente sugestionarme y alejarme del noble deber de hacerle el bien a tus hijos.

»Sostiene la fuerza de mi corazón para que esté siempre listo para servir al pobre y al rico, al amigo y al enemigo, al bueno y al malo.

»Haz que yo no vea sino al hombre en el que sufre. Que mi espíritu esté lúcido en el lecho del enfermo, que no lo distraiga ningún pensamiento extraño, a fin de que tenga presente todo lo que la ciencia y la experiencia le han enseñado, pues grandes y sublimes son las investigaciones científicas que tienen por objeto conservar la salud y la vida de todas las creaturas.

»Haz que mis enfermos tengan confianza en mí y en mi arte, que sigan mis consejos y mis prescripciones. Aleja de sus lechos los charlatanes, el ejército de parientes con milés de consejos, y los cuidadores que todo lo saben, pues es una ralea peligrosa, que por vanidad hace fracasar las mejores intenciones del arte y conduce a menudo a las creaturas a la muer-

te. Si los ignorantes me censuran y ridiculizan, haz que el amor de mi arte, como una coraza me haga invulnerable, para que yo pueda perseverar en lo verdadero, sin consideración al prestigio, al renombre y a la edad de mis enemigos.

»¡Oh, mi Dios! dame indulgencia y paciencia frente a los enfermos empecinados y groseros. Hazme moderado en todo, pero insaciable en el amor de la ciencia. Aleja de mí la idea de que todo lo puedo. Dame la fuerza, la voluntad y la ocasión de ensanchar más y más mis conocimientos. Que yo pueda descubrir en mi saber cosas que aún no suponía ayer, pues el arte es grande, pero el espíritu del hombre penetra siempre más allá...»

¿Verdad que es admirable esta plegaria y sentimos al oír la el recogimiento y la unción que nos produce la presencia de algo superior?

La Medicina Occidental de los pueblos primitivos de Europa, galos, celtas, y germanos, permanecía en el período religioso y mágico, cuando estos pueblos tomaron contacto con la civilización latina. Entre los celtas el ejercicio de la Medicina estaba en manos principalmente de los Druídas, sacerdotes cultos e inteligentes, cuyo poder era inmenso. Después, en el transcurso del medioevo, estos pueblos influenciados por la cultura greco-latina van cambiando sus costumbres y sufren la influencia decisiva del cristianismo. La medicina se hace conventual casi exclusivamente, hasta el año 1100. Benedicto de Nursia funda en el siglo VI la Orden de los Benedictinos en el Monte Casino, cerca de Nápoles. Los benedictinos se convirtieron en los guardianes y cultivadores de la filosofía, de las artes, y de las ciencias clásicas greco-latinas. Todavía más, su monasterio fué un centro de enseñanza médica.

En el siglo XI se fundó en Salerno la primera escuela médica del mundo occidental, dirigida y mantenida por los clérigos. Ella significa el primer esfuerzo de la medicina moderna para salir del estado de sopor y marasmo intelectual producido por el derrumbamiento del Imperio Romano y la invasión de los bárbaros. Salerno representa una especie de antena mágica, que recogió la tradición médica de la antigüedad, especialmente la tradición galénica, para irradiarla después a todos los ámbitos del occidente cristiano.

En siglos posteriores nacen nuevas escuelas médicas en el norte de Italia, Bolonia, Siena, Padua y en el sur de Francia,

en Montpellier. Montpellier alcanzó rápido prestigio, por los maestros que en ella enseñaron y fué una rival digna de la Escuela de Salerno a la que bien pronto superó. Ya en el siglo XII estas escuelas tenían un carácter laico y el naciente ímpetu cultural del pre-renacimiento da origen a las Universidades que fueron células de intensa vida intelectual.

En el siglo XIII, se destaca un ilustre representante de las ciencias naturales, el franciscano inglés, Rogerio Bacon, que marca la iniciación de una era de progreso médico, algo así como un pre-renacimiento médico. A fines del mismo siglo brilla en la escuela de Montpellier, el célebre médico catalán Arnaldo de Villanova, que es una de las figuras más grandes y representativas de la Edad Media.

Su obra es una fuente preciosa para la Historia de la Medicina y de la cultura medieval. Inspirado en las doctrinas del más puro hipocratismo, rechaza la polifarmacia de la época, que era una de las manifestaciones de la influencia árabe en la medicina Occidental.

Detengámonos un momento a contemplar el panorama médico de la edad media. Después del brusco progreso experimentado por la Medicina en la antigüedad clásica, la Edad Media significa una larga noche de quietud y de estancamiento. Predomina en ella sin contrapeso el espíritu de la cristianidad. Es la época de la escolástica o la enseñanza de la escuela, cuyo sentido tenía una orientación bien precisa: acordar el dogma cristiano de la creación con la ciencia; ésta, la ciencia, no es sino una vasalla sumisa de la teología; el conocimiento marcha de acuerdo con la fe. ¿Pero, qué conocimiento es éste? El conocimiento basado en la autoridad. No se estudiaba la vida y sus manifestaciones directamente, sino lo que Galeno y otros sabios habían enseñado. Y sobre lo dicho por los grandes hombres del pasado se discutía y se forjaban los nuevos conocimientos y teorías, siempre que estuviesen de acuerdo con la teología. Se comprende que en estas condiciones las ciencias naturales y la Medicina bien poco tenían que progresar. Y así eran posibles ideas y afirmaciones como éstas: el hombre tiene once costillas y la mujer doce; según Santa Hildegarda la primera menstruación de Eva fué a consecuencia de su caída en el pecado; las enfermedades eran pruebas o castigos divinos; muchos enfermos no eran sino energúmenos y endemoniados, víctimas de demonios inferiores. En fin, la medicina está plagada de demonios, maleficios, encantadores

y brujos, y como consecuencia se asiste al horror de los procesos por hechicería en que mueren en la hoguera acusados de nefandos delitos, de pactos con el diablo pobres seres trastornados de la mente, histéricos, brujos, etc. Y lo más terrible y triste es que todo el mundo, aún los médicos estaban contagiados y poseídos de estas supersticiones.

En este ambiente surge la magia natural, que independientemente de la teología, es como un oasis espiritual en el desierto horrendo del fanatismo religioso. Ella estudia los efectos del espíritu sobre la materia. Avicena, el gran médico árabe, sostiene que una gallina que vence a un gallo llega a tener verdaderos espolones de gallo. La magia natural demuestra los efectos curativos maravillosos de la fuerza del espíritu y en este sentido es una precursora de la psicoterapia moderna.

El ejercicio de la medicina, estaba a cargo de médicos, cirujanos y barberos. Los médicos miraban a los cirujanos como profesionales de categoría inferior y los cirujanos dejaban a los barberos la atención de las operaciones menores.

Pero no todo es sombra en el medioevo. El siglo XIII marca el apogeo de las Universidades, derivadas de las viejas escuelas abaciales, el apogeo de las Escuelas y Facultades de Medicina, de los hospitales y órdenes religiosas hospitalarias.

A la iglesia se debe la creación de las primeras escuelas médicas, la del Monte Casino, la de Salerno, la de Montpellier, etc. Los estudiantes eran clérigos y laicos. Los maestros eran todos sacerdotes y ejercían el arte de curar. Sólo desde el Concilio de Letrán, en 1215, el clero fué impedido de ejercer la cirugía y finalmente después del renacimiento y de la reforma abandonaron los sacerdotes la enseñanza de la medicina y el ejercicio de la profesión.

A la iglesia se debe también la fundación de los hospitales y de las órdenes hospitalarias. En los monasterios comenzaron organizando enfermerías y dispensarios, que fueron los primeros núcleos hospitalarios y los primeros centros de enseñanza médica. Según la tradición, el primer hospital cristiano fué fundado por Fabiola en Roma en el siglo V. Después siguieron otros y otros. En el siglo VI se fundó el Hotel Dieu de París. ¡Sugestivo nombre! en la casa de Dios los enfermos eran acogidos como hijos y representantes de Dios; la superiora arrodillada recibía al doliente con estas palabras: Señor enfermo, bienvenido seais de parte de Dios.

Después de la Revolución Francesa los hospitales, centros

de caridad, se convirtieron en Asistencia Pública, y en la fuente de progreso de la ciencia y del arte médicos.

Dejemos ya esa época de la escolástica y pasemos una mirada rápida por la Edad Moderna, incluyendo el Renacimiento.

En esta edad vemos un desarrollo constante y progresivo de la Medicina, que termina con la fundación de la patología celular, por Virchow, a mediados del siglo XIX. La patología celular no busca ya la esencia de la vida y de las enfermedades en los humores sino en la intimidad de las células. ¡Veinte siglos de patología humoral confinan pues en la patología celular!!

Vesalio y Paracelso son las figuras médicas representativas del tiempo. La medicina, como manifestación de cultura de una época, sigue su espíritu y orientación.

A la escolástica aristotélica de la Edad Media, sucede el neo-platonismo del Renacimiento. Platón muerto y vencido por Aristóteles, revive con nueva juventud intelectual. Se le estudia y se le ama. El renacimiento encuentra en él su guía luminoso. Bajo la égida de Lorenzo de Médicis, el Magnífico, los amigos de Platón se reúnen para estudiar a Platón. El platonismo con su teoría animista del Universo, prepara en su oscura tendencia a la naturaleza, una vuelta a la investigación metódica de ella. El espíritu se enciende en fervor crítico. Ya no bastan los libros y la autoridad de los maestros. La inteligencia reclama algo más sólido y profundo, quiere la verdad, y la busca en el foco de la verdad misma, en la naturaleza viva y ardiente que se ofrece como una amante deseosa de ser poseída. Se despierta el entusiasmo por las ciencias naturales y una pléyade de sabios avanza gozosa por el camino de la verdad.

Para nuestro objeto detengámonos un momento en Vesalio y Paracelso.

Andrés Vesalio nació en Bruselas, el año 1514. Fué médico de cámara de Carlos V y de Felipe II. Se le considera el creador de los métodos modernos de la Anatomía. La publicación de su libro fundamental de Anatomía, el año 1543, en Basilea, marca una fecha histórica en el desenvolvimiento de la Medicina. Vesalio demostró que Galeno nunca había diseccionado cadáveres y reveló más de 200 errores de la tradición galénica. Acabó por desconocer la autoridad de Galeno, y de lo establecido, hecho audaz e insólito, y proclamó el estudio de la anatomía en el cadáver humano, como la base fundamental

de la Medicina. Esto que ahora nos parece casi pueril, en su tiempo cayó como una bomba en el ambiente médico oficial. Discutir a Galeno, la suprema autoridad médica, era como discutir a Cristo para los cristianos. ¡Herejía científica, terrible y nefanda herejía, propia de un mozalbete o de un nadie! ¡Oh, cómo cuesta ir contra lo establecido, contra el dogma! ¡Es tan fácil la quietud y la inmovilidad! A qué obligar a los pobres cerebros cansados que ya tienen su verdad que tanto les costó adquirir de los libros, volver a pensar y tener tal vez que cambiar! Fué tal el revuelo producido por la obra de Vesalio, que se conquistó inmediatamente multitud de enemigos y sólo unos pocos amigos. Su propio maestro, rabioso galenista, le tildaba de loco y algunos quisieron conciliar los escritos de Galeno con las auténticas verdades de Vesalio, suponiendo una especie de degeneración del linaje humano. ¡A tal llega la obcecación y el empecinamiento de los que se aferran a las verdades oficiales, de los fetichistas de la autoridad establecida!

Así como Vesalio en Anatomía fué un revolucionario, Paracelso lo fué en fisiopatología.

La personalidad de Paracelso es una de las más interesantes y sugestivas de la historia de la medicina. Ante el conjuro de su nombre sentimos la emoción de lo mágico. Paracelso era un sabio y un mago, mago en el sentido bueno y hondo de la palabra, en todo lo que tiene de evocador, sugerente, profundo y misterioso. No es raro pues, que su nombre fuese objeto de la leyenda y del mito. Para el pueblo era un mago dotado de poderes sobrenaturales.

Personaje de leyenda, Paracelso fué sin embargo un verdadero hombre de ciencia, pero un hombre de ciencia extraordinario. Hijo de un médico suizo, muy pronto se dedicó al estudio de la medicina y de las ciencias naturales, especialmente de la química. Viajó mucho por Europa y se mezcló en todas las disputas de orden científico, literario y religioso, que eran una pasión de la época. Su espíritu, ávido de saber y de escrutar con ojos propios las sombras del misterio de la vida, lo llevaba a informarse sin prejuicios, tanto de los doctores como de los empíricos del pueblo. Para él todas las fuentes del saber eran buenas; es el investigador el que debe saber sacar el oro fino de la ganga espesa. Enseña en diversas Universidades. Se cuenta que al iniciar su curso en la Universidad de Basilea arrojó al fuego los libros de Galeno, como un acto simbólico de lucha contra la tradición y la rutina, contra la coraza asfi-

xiante de la autoridad establecida. Pronto tuvo que salir de Basilea, pues la Facultad de Medicina, enemiga de novedades como todas las Facultades de todos los tiempos, le hizo un ambiente hostil e inadecuado a su genio. Después de mucho viajar, estudiar, luchar, murió en 1541.

Paracelso sostiene como idea central, que el progreso sólo puede fundarse en la experiencia. Combate la fisiopatología humoral hipocrática-galénica. Para él la esencia de la vida y de las enfermedades, está no en la materia, sino en las fuerzas del organismo. El organismo está gobernado por un principio inmaterial, que denomina arqueo y el arqueo actúa por vías químicas. Fijémonos bien como Paracelso es un verdadero precursor con esta doctrina, de las concepciones bio-químicas modernas, fecundas en resultados y promesas.

Convirtió la alquimia en química, y a ésta en una de las bases más útiles de la medicina. Decía a los alquimistas que la búsqueda del oro era paja vana y que la más noble tarea de la alquimia era investigar los medicamentos.

Sin embargo, quedan todavía en Paracelso muchos resabios de la Edad Media, especialmente de creencias astrológicas. La mayoría de los médicos del siglo XVI, admitían aún la influencia de los astros sobre las enfermedades, muchas de las cuales eran producidas por diablos y brujos que trabajaban bajo la advocación de las estrellas.

En la terapéutica gozaban entonces de gran predicamento las sangrías que se practicaban con entusiasmo, abundantes y repetidas. Llegó a tanto la boga y fué objeto de tales apasionadas discusiones que los teólogos entraron en acción y la declararon tema propenso a herejía. Quien haya leído el Gil Blas estará bien impuesto de las hazañas y triunfos del Dr. Sangredo con la sangría y el agua caliente.

Paracelso es un personaje demasiado rico de vida espiritual y necesitaría él sólo un tiempo que en este momento no dispongo.

Estudiar el progreso científico de la Medicina en los siglos XVII, XVIII y XIX, es una tarea imposible de realizar dentro de los límites de esta conferencia. La tendencia general de la Medicina en los siglos XVII y XVIII es la creación de sistemas que pretenden explicar por medio de una doctrina

o sistema el mecanismo de la vida y de las enfermedades. El siglo XIX se caracteriza en sus líneas generales por un predominio franco del concepto materialista de la vida y los investigadores científicos se dedican a un fecundo trabajo de análisis y de aporte de hechos, sin preocuparse de sintetizar en una doctrina o sistema general la fabulosa documentación acumulada.

El médico del siglo XIX no especula, ni filosofa: simplemente trabaja experimentando con los hechos. ¿Es un bien? ¿Es un mal? Yo creo sencillamente que es una etapa del desenvolvimiento de las ciencias experimentales y luego vendrán las síntesis parciales o totales, que serán como un respiro de aire fresco en esta faena febril de la recolección de hechos y datos.

El progreso de la medicina en los dos últimos siglos, especialmente en el XIX, es tan enorme que va a ejercer una influencia trascendental en los destinos de los pueblos y en la situación del cuerpo médico.

A medida que la medicina va abandonando su ropaje místico fetichista, con encajes de magia y hechicería, a medida que la medicina va transformándose en ciencia experimental y van descubriéndose hechos y verdades de importancia social, como la vacuna contra la viruela de Jenner, para no citar sino un ejemplo, la Medicina toma un rumbo francamente colectivo y va transformándose de función individual en función social.

El enorme progreso de la medicina por otra parte elevó y dignificó la profesión al grado que hoy se encuentra, aunque es evidente que la cumbre del prestigio profesional médico ya ha iniciado su curva de descenso.

En lo que llevamos dicho hemos visto la vida profesional de la Edad Antigua y Media. Apuntemos algunos rasgos del ejercicio de la profesión en los siglos XVI y XVII. No es muy diferente a la Edad Media, fuera del interés que van despertando los asuntos médicos, interés que suele llegar a extremos curiosos. Así en ciertos anfiteatros universitarios se invitaba al público a ver la disección de un cadáver humano, y esta especie de espectáculo teatral cobraba aires de fiesta, pues iba acompañado de saraos y banquetes.

Todavía existe la práctica medioeval de las visitas a las boticas, hechas por el maestro y sus discípulos, con el objeto de enseñarles objetivamente, las drogas, fármacos y pócimas

en uso. En la enseñanza de la clínica, aún se conserva la costumbre antigua de las visitas a los enfermos hechas por el profesor en compañía de sus discípulos.

El ejercicio práctico de la medicina permanecía libre como en la Edad Media. Existía el médico titulado, para la medicina interna, que era el profesional de mayor calidad y estudios en el arte de curar; después venía el cirujano dedicado a operaciones exclusivamente y el barbero dedicado a la cirugía menor, como sangrías por ejemplo.

También los boticarios podían ejercer ciertas funciones médicas, tales como la aplicación de enemas, que en un tiempo alcanzaron gran desarrollo en la clientela.

Los honorarios eran reglamentados por ordenanzas médicas, pero en general eran convenidos con los enfermos antes de comenzar el tratamiento. Aunque las tarifas eran subidas los médicos no se hacían ricos, pues la mayoría de las gentes eran pobres y no tenían como pagar. Más o menos como hoy día exceptuando los magnates de la medicina capitalista que han tenido la habilidad lógica de hacer medicina comercial en un ambiente comercial, es decir, han vivido de acuerdo con su época.

En los siglos XVIII y XIX, el ejercicio de la profesión va cobrando mayor dignidad e influencia social, semejando en sus líneas generales a lo que es hoy día.

Sólo desde el año 1852 gozan los cirujanos iguales derechos que los médicos.

En la época contemporánea la medicina se hace por decir así internacional y al mismo tiempo experimenta un cambio notable de estilo y fisonomía. Bajo la influencia de las ideas filosóficas y políticas reinantes, la Medicina, que ha llegado a identificarse con las ciencias naturales, cambia su fisonomía individualista o mejor la completa, desarrollando una función social, que día a día amplifica sus horizontes de acción. La medicina social o pública tiende a superar a la medicina individual o privada.

Los problemas sociales, la llamada cuestión social, nacida de los conflictos entre el capital y el trabajo, agudizado con el desarrollo del régimen capitalista, van imprimiendo un ritmo de renovación y un sello característico a todas las actividades humanas. Todo tiende a tomar el estilo de la época y la medicina se ha incorporado de lleno a él. Pero no completamente.

Después del concepto liberal democrático que desde la Re-

volución Francesa exalta al primer plano al individuo, se impone en la actualidad el concepto socialista que en síntesis proclama la primacía de la sociedad sobre el individuo. El verdadero concepto socialista no pretende ni quiere destruir al individuo, no odia la personalidad, ni lo bello, ni lo fuerte. Ama todo esto y quiere sinceramente realizarlo en la vida. Pero el socialismo hace un reajuste de valores: antepone la sociedad al individuo, porque sabe que el individuo con la excelcitud que pueda alcanzar es un producto de la sociedad, es un producto del medio; y el individuo solo, sin ese medio, sin la sociedad que lo nutre y forja no sería nada. El pensamiento y el lenguaje ha dicho Pierre Janet, son funciones del hombre que vive en sociedad. Por consiguiente la sociedad es la madre del individuo, y de la constitución de ella dependerá su propia grandeza y la armonía de la vida.

El socialismo quiere la máxima liberación del individuo, y aspira a que éste desarrolle su espíritu en un ambiente propicio; pero para realizar este ideal afronta los problemas sociales de la vida con ojos de verdad, sin lentes de colores que oscurezcan o disfracen las tremendas realidades. El hombre no podrá ser libre, no podrá ser persona, no podrá ser más que un maniquí risible y atormentado, mientras esté organizado en sociedades capitalistas que esclavizan al hombre por la necesidad del pan. Regímenes sociales basados en la esclavitud económica de sus componentes no pueden subsistir, están destinados a desaparecer.

Decíamos que hoy impera en el mundo, quiérase o no, una corriente socialista, que es el estilo propio de nuestro tiempo. Decíamos también que la Medicina se ha incorporado a esta corriente pero sólo en parte. Al efecto, se ha bifurcado en dos ramas de acción: una que actúa en lo social, la Medicina Pública, y la otra que sigue apegada a la tradición liberal individualista, la Medicina privada. Pues bien, yo creo que toda la Medicina, tanto la pública como la privada debe socializarse, debe estar al servicio de la sociedad y por ende del individuo.

Vamos llegando a una época en que ya no son posibles las transacciones: nada se arregla con parches, ni aguas tibias. Es necesario decidirse: o medicina privada libre o medicina privada socializada. Para comprender mejor recordemos en síntesis el papel del médico a través de la historia.

Comienza el médico en la prehistoria de la humanidad

actuando bajo el impulso de *un sentimiento altruísta* de ayuda a un compañero enfermo; tal vez este sentimiento altruísta pueda estar fuertemente teñido de vanidad; la vanidad del triunfo curativo alcanzado sobre sí mismo y que querría verse retratada en los demás. El auto-médico evoluciona y se transforma en el médico-sacerdote. Estos ejercen libremente y reciben una paga pequeña o grande por sus servicios. Vemos pues que ya muy temprano en el alborar de la Medicina Histórica los médicos trabajan por interés. ¿Qué incentivo mueve la vocación de aquellos médicos? Yo creo que dos fundamentales: uno es la voluntad de dominio o de mando y el otro es ganarse la vida más cómoda y fácilmente. La voluntad del hombre se mueve sustancialmente por un afán de dominio y superación, que encuentra en el ejercicio de la Medicina un campo fácil de acción; el enfermo, el que sufre física o moralmente es fácilmente influenciado y en él encuentra el médico un terreno propicio donde dominar. Es claro que esto nos está indicando al mismo tiempo que el médico no era un tipo de hombre fuerte, pues para hacerse valer recurre a los débiles. Esto mismo explica y justifica el 2.º incentivo: ganarse la vida cómoda y fácilmente. Es lógico pensar que seres no bien dotados de fuerza biológica elemental, pero inteligentes, tratarán de superar estas condiciones por otros medios, como el ejercicio de la medicina.

Destaquemos bien un hecho: el móvil inicial de la Medicina es un sentimiento altruísta de ayuda y cooperación. Después esta raíz da ramas frondosas que tienen un sentido distinto: afán de dominio y ganarse la vida con el menor esfuerzo. Las ramas del árbol son visibles y tangibles, las raíces ocultas e imponderables.

Así quedan a la vista estas dos determinantes del fenómeno ejercicio médico. Después con el médico-sacerdote (sobre todo bajo la influencia del cristianismo) nuevamente la raíz altruísta aparece en forma de un sentimiento de caridad y piedad, pero ya no puede desligarse nunca más de la simbiosis con el sentimiento egoísta del interés personal nacido de la necesidad cada vez más imperiosa de ganarse el sustento diario. La estructura económica de la sociedad determina las super-estructuras sociales. A medida que las actividades económicas condicionan tiránicamente el espíritu de la humanidad, a medida que la lucha cotidiana por el pan constituye el miraje esencial del esfuerzo humano, la profesión médica va sufrien-

do esta influencia incontrolable, y el arte de curar se convierte en un oficio para ganarse la vida, que es lo que pasa en estos momentos de super-capitalismo. ¡Qué lejos estamos de aquella venturosa edad en que los filósofos vivían para la filosofía y no de la filosofía; en que los médicos vivían para la Medicina y no de la Medicina!

El intercambio entre los hombres es una ley de la vida y una necesidad de los pueblos; pero cuando este intercambio se convierte en comercio, cuyo objetivo básico es la ganancia adquiere un matiz moral dudoso y para mí inaceptable. El objetivo de lucro en las relaciones humanas, fundamento del comercio, podrá ser todo lo que quieran los economistas y no economistas, pero en el fondo tiene una tara moral, que lo hace despreciable desde un punto de vista humano superior. Si es así para el comercio en general ¿qué no será para el ejercicio de la Medicina el espíritu de lucro que tiene como mercancía el dolor humano?

Este aspecto triste y penoso del ejercicio médico no es visible en las épocas de auge, en que el médico puede practicar generosamente su espíritu caritativo y su bondad de corazón, con los menesterosos y míseros, porque obtiene de los pudientes lo necesario para sus necesidades vitales; pero en las épocas de crisis, cuando la miseria golpea a la puerta de la mayoría de los hogares que antes disponían de medios suficientes, entonces el beneficio que el médico va a obtener de su enfermo empobrecido, resalta en toda su trágica realidad. Justamente, al hombre a quien se recurre como a un salvador, cuando las energías y reservas vitales y económicas del paciente están agotadas, el destino le impone el cruel designio de restarle acaso los últimos recursos económicos. Cuántas veces el médico comprensivo y sensible, no se ha visto en la obligación de devolver al pobre enfermo los honorarios de su visita, por que se ha dado cuenta, que sin ese dinero no podrá despachar la receta. ¿Y es posible así ejercer la medicina en el siglo de la técnica, que ha dado recursos valiosos y soberanos, pero que cuestan tan caros? El ejemplo más típico de esta situación anormal lo ofrece el tratamiento de la tuberculosis. En general son gentes pobres, que por pobres están enfermas, y el médico tiene que recetarles tratamientos para ricos. ¿Es posible que esto continúe así? ¿Es posible que la sociedad se sienta satisfecha y el médico contento? El progreso de la Medicina, el avance de la técnica profesional y el deber de solidaridad social

exigen en forma imperativa e ineludible hacer llegar a todos los seres de la sociedad, pobres y ricos, los recursos y beneficios de la terapéutica moderna. Y esto es absolutamente imposible con el régimen actual de ejercicio libre de la profesión. De aquí la necesidad impostergable de socializar la Medicina. Vemos pues que un sentimiento de piedad humana y de solidaridad colectiva nos lleva a la socialización de la Medicina.

Pero el papel de la Medicina no es este solo. El médico a través de los siglos en su labor individual ha cumplido noble y generosamente su tarea de curar enfermos o por lo menos de aliviarlos, o sea que el médico en su labor individual ha podido únicamente realizar a la medida de sus fuerzas uno de los objetivos de la Medicina, esto es la curación de las enfermedades. Pero hoy día este objetivo no lo puede realizar a conciencia, poniendo al servicio de sus enfermos todos los recursos que posee porque la organización económica de la sociedad se lo impide. El médico sensible, con capacidad de crítica, es un permanente contemplador de injusticias sociales.

Decía que por definición el papel de la Medicina no sólo es la curación de las enfermedades, sino también la prevención de ellas. Prevenir las enfermedades significa cultivar la salud; significa crear tipos humanos fuertes, significa mejorar la raza. He aquí una inmensa tarea que desborda completamente el campo del ejercicio individual de la Medicina y que únicamente puede llevarse a término en un vasto plan de conjunto, organizado y metódico.

Tenemos, pues, que a la función curativa individualista del médico de antaño, se ha agregado una función preventiva social, más vasta y trascendente que nos encamina al cultivo del hombre biológico, fuerte y vital. La Medicina va transformando su función curativa de carácter hasta cierto punto pasivo, en una función eminentemente activa, en una función creadora de salud. Ya no lucha sólo por combatir el mal cuando existe, sino lucha sobre todo por crear y mantener el bien que es la salud del hombre y de los pueblos. Esta función creadora de la Medicina actual, creadora del tipo humano biológicamente superior es por el momento nada más que un ideal a realizarse cuando la sociedad deje de ser el beneficio y usufructo de unos pocos a expensas de la miseria de la mayoría, cuando haya desaparecido la explotación del hombre por el hombre e imperen realmente sobre el haz de la tierra la solidaridad, la justicia y el amor.